

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Sebastián Carassai, *Lo que no sabemos de Malvinas. Las islas, su gente y nosotros antes de la guerra* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2022).**

**Sebastián Ezequiel Ruiz**

*Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales –  
Universidad de San Martín / CONICET*

*sebastianruiz@hotmail.com*

*Fecha de recepción: 26/09/2022*

*Fecha de aprobación: 31/10/2022*

**P**ara los argentinos, las Islas Malvinas remiten a una constelación de emociones y recuerdos dolorosos vinculados a la historia reciente del país y a la reivindicación soberana, tales como la dictadura en declive, la guerra, los jóvenes conscriptos obligados a luchar, los caídos y los ex combatientes que aun claman por reconocimiento. Aunque la disputa comenzó hace casi dos siglos, poco sabemos de las islas antes de 1982. Por ello, en *Lo que no sabemos de Malvinas. Las islas, su gente y nosotros antes de la guerra*, el sociólogo y Doctor en Historia Sebastián Carassai busca dar cuenta de la forma de vida isleña y su cultura, de las relaciones que las islas mantuvieron con Argentina y Gran Bretaña durante las décadas previas a la guerra, y de las impresiones que circularon, tanto en las islas como en el continente, sobre esos “otros”, espacialmente vecinos y culturalmente extraños.

El libro se estructura en cuatro capítulos con cronologías independientes, lo que permite leerlos de modo transversal. En conjunto, el arco temporal cubre los cincuenta años que van desde la primera crónica del siglo XX de un viajero argentino, a mediados de la década de 1930, hasta el comienzo de la guerra. El primer capítulo se dedica a analizar las miradas que viajeros argentinos de diferentes disciplinas y posiciones políticas plasmaron sobre las islas entre las décadas de 1930 y 1970. A partir de varias crónicas, un libro y un documental, el autor da cuenta de las ideas presentes en la opinión pública argentina de la época sobre la forma de vida y la sociedad de Malvinas. La apatía de los isleños y su presunto deseo de ser argentinos, el panorama de atraso y aburrimiento, y la necesidad de acordar la recuperación por vía diplomática son algunas de las ideas que Carassai extrae de las fuentes y que contrasta con otros testimonios coetáneos, que valoran positivamente la vida isleña y cuestionan la voluntad de sus habitantes de querer ser argentinos.

En el segundo capítulo, el autor se dedica a analizar las representaciones que los isleños tenían de sí mismos, de sus problemas y de las islas. En las páginas de los dos mensuarios isleños, *The Falklands Monthly Review* y *St. Mary's Herald*, Carassai constata la incertidumbre de los *falklanders* por el reclamo que la Argentina inició ante las Naciones Unidas en la década de 1960 y por las negociaciones entre Argentina y Gran Bretaña para establecer comunicaciones entre las islas y el continente. El autor intercala los contactos diplomáticos con las incursiones extraoficiales realizadas por argentinos a las islas, que despertaron curiosidad y preocupación entre sus habitantes.

A continuación, Carassai identifica y desarrolla en tres apartados los problemas centrales de los *falklanders*. En primer lugar, el aspecto económico, vinculado a la baja rentabilidad de la producción, a la desigual repartición de la tierra y a los condicionamientos geográficos y climáticos. En el mismo apartado, el autor analiza los informes sobre la viabilidad de los proyectos británicos y la reacción de los gobiernos isleños. En segundo lugar, Carassai explica la conflictiva red de vínculos entre los isleños y los gobiernos británicos y argentinos. En el plano interno, los isleños se sentían marginados por los británicos residentes en las islas, que representaban una “casta” superior con salarios más altos y mejores condiciones de vida. Hacia el exterior, los isleños se encontraban atrapados entre los gobiernos argentinos, cuya actitud oscilaba entre el optimismo y la impaciencia, y el desinterés de Londres por invertir en el desarrollo económico de las islas y ga-

rantizar sus derechos soberanos. Los planes británicos de trasladar a la población isleña al continente y la sugerencia ante la ONU de una posible cesión de la soberanía a la Argentina generaron desconfianza y conflicto entre los habitantes de las islas, sus consejeros y los gobernadores británicos. En tercer lugar, Carassai analiza el problema humano, es decir, la posibilidad de establecer relaciones permanentes entre isleños y argentinos que cobró entidad con la firma de la declaración conjunta que inició la apertura de comunicaciones entre Argentina y las islas en 1971.

El tercer capítulo se centra en las dos décadas de negociaciones ante las Naciones Unidas y del Acuerdo de Comunicaciones, período de mayor interacción entre la Argentina y las islas. Allí Carassai analiza las áreas en las que Argentina comenzó a proveer a las islas: comunicaciones telefónicas, combustibles, salud y educación. Una muestra fotográfica de paisajes argentinos en Puerto Stanley, el envío de profesoras argentinas de español —que comenzó a estudiarse en las islas como segunda lengua— y los niños isleños que completaron sus estudios en colegios bilingües argentinos reflejan el dinamismo y la mejora de las relaciones entre el continente y las islas durante esos años.

Carassai realiza una distinción entre los años de cooperación directa, desde la presidencia de Arturo Illia (1963-1966) hasta el final de la “Revolución Argentina”, con la “política bifronte” —es decir, la combinación de inversiones y proyectos conjuntos con una política exterior agresiva— iniciada con el retorno del peronismo al poder e intensificada durante la última dictadura militar. A través del análisis de un documento confidencial de Cancillería de 1973, el autor indica que comenzó a circular la idea de que Argentina estaba “perdiendo la paciencia” respecto de la cuestión Malvinas. La presión de la prensa y de varios sectores del arco político sobre el Poder Ejecutivo para una invasión a las islas, que cristalizó en una campaña de reclutamiento organizada por el diario *Crónica*, permite al autor dar cuenta de la existencia de un ánimo pro-bélico casi una década antes del conflicto, en un contexto social y político muy diferente al de 1982.

Este tercer capítulo estriba en los tres puntos de vista que el autor adjudica a los actores involucrados en esas relaciones multilaterales. Desde el lado argentino, destaca la iniciativa de los gobiernos de multiplicar los servicios y provisiones para generar una dependencia cada vez mayor de las islas respecto del país y mostrar la buena voluntad de los argentinos por establecer vínculos

con sus pares isleños. Según Carassai, el fin último de esas iniciativas era garantizar una recuperación de la soberanía por acuerdo o por una eventual extorsión con el retiro de los recursos que los isleños disfrutaban y que no estarían dispuestos a perder. Desde el lado británico, el autor menciona el fomento de las relaciones comerciales y diplomáticas entre Argentina y las islas con el fin de que éstas pudieran sostenerse económicamente sin generar grandes erogaciones para la Corona. Los británicos no estaban dispuestos a ceder la soberanía ni a desestimar el derecho a la autodeterminación, pero estaban abiertos a lograr algún tipo de régimen híbrido. Desde el lado isleño, finalmente, se menciona la postura mayoritaria de sostener la soberanía británica aun a cambio de resignar los beneficios económicos que proveía la Argentina. En ese sentido, el autor muestra cómo la sensación de abandono de los isleños respecto de su metrópolis se profundizó en las décadas del Acuerdo de Comunicaciones; paradójicamente, esto implicó una fuerte apelación a la identidad británica, menos común antes del reclamo argentino y en los años posteriores a la guerra.

Para 1979, Carassai menciona que argentinos e isleños desconfiaban de Londres: los primeros creían que el gobierno inglés demoraría eternamente las negociaciones para seguir obteniendo recursos para las islas, y los segundos creían que Gran Bretaña estaba forzándolos lentamente a aceptar la administración argentina. El endurecimiento de la postura isleña y el aumento de su patriotismo se correspondió con un incremento en la presión de los medios de comunicación sobre el gobierno de facto argentino, que consideraba que la cooperación debía ser la base para la recuperación de las islas. La suma de esos factores empeoró las relaciones que para 1982 distaban de ser buenas y convirtió una guerra que pudo evitarse en una realidad.

El cuarto y último capítulo complementa el análisis sobre los discursos de circulación pública y privada con un estudio de los imaginarios sobre Malvinas presentes en la música popular. Carassai realiza un repaso de las canciones disponibles sobre Malvinas en el período 1941-1982, en su mayoría de subgéneros folclóricos, reconocidos públicamente como “expresión musical de la nacionalidad”, con el fin de demostrar que los sectores populares fueron tan sensibles como las elites al nacionalismo territorial. El autor indica, además, que las canciones dedicadas a Malvinas no se subordinaron a las ideas oficiales. El concepto de “comunidad emocional” opera como marco conceptual a partir del cual el autor identifica a la música como generadora de emociones compartidas en la sociedad argentina.

Con los objetivos enunciados, Carassai realiza un repaso cronológico desde 1930 hasta la posguerra para relevar los temas más frecuentes en las canciones sobre Malvinas. La afirmación de la argentinidad del archipiélago, el vínculo emocional con las islas, el derecho imperecedero sobre la soberanía y la idea de territorio “perdido” son algunos de esos tópicos. La metáfora de la “violación” de la “potencia ocupante” sobre unas islas feminizadas y la inminencia de la restitución —personificada en la figura mitológica del Gaucho Rivero— se volvieron frecuentes en las décadas de 1950 y 1960. Carassai indica que esas letras fueron una “respuesta” a las negociaciones oficiales, que los cantautores folclóricos miraban con desconfianza. El Acuerdo de Comunicaciones era presentado como el cierre de un largo proceso de “paciencia” que se iniciaba con la ocupación británica de 1833. El autor también da cuenta de los cambios discursivos en el contenido de las canciones. El caso ilustrativo es el de las referencias a los isleños, hostiles y poco frecuentes durante las décadas previas, respetuosas durante el período de ocupación y nuevamente hostiles durante la guerra, caracterizándolos como “piratas” u ocupantes ilegítimos, sin distinguirlos de los británicos.

Como cierre del capítulo, Carassai indica que muchas de estas canciones dejaron de interpretarse tras la derrota bélica, y señala que las letras de las canciones post-conflicto presentan a la guerra como un error o un crimen. Sostiene así que las ideas de la recuperación de las Malvinas y de su argentinidad inmanente no estuvieron presentes solamente en las elites. La comunidad emocional que la música ayudó a construir no explica el desenlace bélico, pero sí permite comprender el apoyo “prácticamente unánime” a la invasión y la decepción generalizada por la derrota.

En el epílogo, el autor indica que la guerra fue el punto de inflexión en el estatus de las islas, que pasaron de ser colonias a territorios ultramarinos, y de su población, que adquirió la ciudadanía británica plena. También destaca que el abandono del Acuerdo de Comunicaciones llevó a un estrechamiento de las relaciones entre Londres y las islas, lo que llevó al desarrollo económico que las islas necesitaban. La reforma agraria y la creación de una zona de exclusión para la pesca, que permitieron la venta de licencias, generaron el despegue de la economía y la mayor participación de los isleños en las empresas.

Respecto de la población, Carassai indica que durante la posguerra comenzó a crecer a un ritmo constante, y que los isleños pasaron a ser ciudadanos de pleno derecho —en contraste con las décadas previas— frente a una mayoría de migrantes que buscan instalarse en las islas para obtener la nacionalidad británica. En el mismo apartado, el autor refiere a dos casos paradigmáticos que dan cuenta de la compleja relación entre isleños y argentinos en la posguerra: el de la familia de Reynaldo Reid, estigmatizado como “colaboracionista” durante la ocupación y la guerra, y el de James Peck, que rompió el documento argentino entregado por el gobierno del país. El epílogo cierra con algunas referencias a los vaivenes diplomáticos en las relaciones entre Argentina, Gran Bretaña y Malvinas entre el final de la guerra y la actualidad.

En conclusión, el libro de Sebastián Carassai resulta un aporte novedoso destinado al gran público. El registro del lenguaje y las pequeñas anécdotas resultan accesibles y dotan al libro de un dinamismo que aliviana la lectura. Los archivos situados en Malvinas, las entrevistas con isleños y con argentinos que habitaron el territorio son fuentes originales y muy interesantes para dar cuenta de la vida cotidiana en las islas. En ese sentido, el principal aporte del libro radica en llenar un vacío sobre la historia de las relaciones entre las islas y el continente, lo que permite matizar errores históricos comunes y, sobre todo, conocer la existencia y las particularidades de la sociedad isleña, escasamente conocida para los argentinos. El libro permite, además, historizar las buenas relaciones entre la Argentina y Malvinas —de lo que se sabía muy poco antes de esta investigación— y, por ende, explicar la disolución de esas relaciones y las causas que llevaron a la guerra. Como indica Carassai al final del tercer capítulo, el conflicto bélico fue un desenlace posible —no seguro— y sus causas fueron múltiples y variadas: son estas causas, más complejas que la simple voluntad oportunista de una primera mandataria cuyo gobierno se encontraba en decadencia, las que *Lo que no sabemos de Malvinas. Las islas, su gente y nosotros antes de la guerra* se encarga de analizar.